



30^{os} RED
UDEC



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

FIM^{GO}

REDPEM.IB

Red de Periodistas Musicales
de Iberoamérica



Ediciones
Tecnológico
de Monterrey



UNIVERSIDAD
DE GRANADA

eug

EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GRANADA



Ediciones Universidad
Salamanca



Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Missael Robles Robles
**Coordinación de Entidades Productivas para
la Generación de Recursos Complementarios**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial



**Tecnológico
de Monterrey**

David Garza Salazar
Presidencia Ejecutiva

Juan Pablo Murra Lascurain
Rectoría

Judith Ruiz-Godoy Rivera
**Decanatura de la Escuela de Humanidades
y Educación**

Ana Lucía Macías Chiu
Dirección Nacional de Desarrollo Cultural

Alejandra González Barranco
Dirección de la Editorial



**UNIVERSIDAD
DE GRANADA**

Pedro Mercado Pacheco
Rectoría

María del Carmen García Garnica
Secretaría General

Enrique Herrera Viedma
**Vicerrectoría de Investigación
y Transferencia**

María Isabel Cabrera García
Dirección de la Editorial



**UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA**

José Manuel Corchado Rodríguez
Rectoría

Alfredo Ávila de la Torre
Secretaría General

José Miguel Mateos Roco
**Vicerrectoría de Investigación
y Transferencia**

Jacobo Sanz Hermida
Dirección de Ediciones

Vanguardia, Jaleo Duerde

MÚSICA ESPAÑOLA EN EL SIGLO 21

Coordinación

Enrique Blanc Rojas

Nicolás Adolfo “Humphrey” Inzillo

José Manuel Gómez Cantera “Gufi”

© Textos

Enrique Blanc Rojas

Nicolás Adolfo Inzillo

José Manuel Gómez Cantera

Diego Alejandro Londoño Molina

José Enrique Jiménez Valdez, “Ejival”

Juan Carlos Hidalgo Baca

Johanna Andrea Watson Pantoja

Jaime Acosta Santos

Héctor Gabriel Plaza

Lara López Fernández

Adalberto Arcos Landa

María Cecilia Martínez

Irma Patricia Peñaloza Torres

Luisa Fernanda Piñeros Arenas

Fernando Javier Alayo Orbegoza

Miguel Aarón Enríquez Hernández

Daniel Fragoso Torres

William Humberto Pérez Vargas

Jaime Andrés Monsalve Buritica

Pablo Ferrer Benamar

Zoila Rosa Antonio Benito

Arturo Javier Flores González

Catalina Maria Johnson

Alejandro González Castillo

Raúl Horacio Cachay Alegre

© Ilustración de portada

Edgardo Héctor Casillas Calleja “Yazz Casillas”

© Fotografías

Enrique Blanc

Ignacio Arnedo

Paco Manzano

Josuar Ochoa

Matingas

Juan Carlos Hidalgo

Osvaldo Medina

Maricela Cervantes

Ana Morán

Audrey Thizy-Benyessâad

Alejandra Barragán

Víctor Mendiola

Luisa Piñeros

León Santillán

Juan Carlos Hidalgo

Umberto Pérez

Sandro Sánchez

Pablo Ferrer

Zoila Antonio Benito

Nancy Granados

Brenda Azueta

Alejandro González Castillo

Deb Reyes

Vanguardia, Jaleo Duerde

MÚSICA ESPAÑOLA EN EL SIGLO 21

Enrique Blanc, Humphrey Inzillo y José Manuel Gómez Gufi (coords.)

D.R.© 2024, Universidad de Guadalajara
Editorial Universidad de Guadalajara
Ingeniero Hugo Vázquez Reyes 39,
interior 32-33, Industrial Los Belenes, 45150,
Zapopan, Jalisco.
editorial.udg.mx
publicaciones.udg.mx
ISBN:978-607-581-355-4
DOI: doi.org/10.32870/9786075813547

D.R.© 2024, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey
Av. Eugenio Garza Sada 2501
Col. Tecnológico 64700
Monterrey, Nuevo León,
México editorialdigital.tec.mx
ISBN 978-607-501-838-6

D.R.© 2024, Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo s.n.
18071, Granada, España
editorial.ugr.es
ISBN 978-84-338-7466-5
Depósito legal: Gr. 522-2025

D.R.© 2024, Universidad de Salamanca
Plaza de San Benito, 2
37002 - Salamanca, España
eusal.es
ISBN 978-84-1091-036-2

Impreso en España
Printed in España

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro existente o por existir, sin el permiso por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Índice

11	Cavilaciones y nostalgias desde el otro lado del charco ENRIQUE BLANC
15	Moris, un hito fundamental en la historia del rock ibérico HUMPHREY INZILLO
20	Nada que perder, excepto las canciones JOSÉ MANUEL GÓMEZ GUFÍ
25	Lado A
27	Christina Rosenvinge en un coche por Medellín DIEGO LONDOÑO
36	Permanentemente La Bien Querida ENRIQUE BLANC
47	María Arnal: pop electrónico y arte en la era de la inteligencia artificial EJIVAL
52	María José Llergo: “Aprendí a llorar cantando, aprendí a cantar llorando” JUAN CARLOS HIDALGO

61	Si la luna quiere: una vida de Queralta Lahoz JOHANNA WATSON
70	Rocío Márquez: el futuro es tradición JAIME ACOSTA
79	Rosalía, del cante jondo a la vanguardia global GABRIEL PLAZA
91	Sandra Carrasco: “Me he sentido siempre una cantora de la tierra, del pueblo y de raíz” LARA LÓPEZ
102	Silvia Pérez Cruz: la canción es una historia BETTO ARCOS
114	Soleá Morente, corazón encendido CECILIA MARTÍNEZ
123	Zahara: ternura y rabia PATRICIA PEÑALOZA
135	Lado B
137	Baiuca, un conjuro entre la tradición y la vanguardia LUISA PIÑEROS
145	C. Tangana: el mundo cabe en una ciudad HUMPHREY INZILLO
155	El Kanka, un “cancionista” del nuevo siglo FERNANDO ALAYO ORBEGOZO

- 167 **Joe Crepúsculo: ¡a tomar por culo la
música de nuestros padres!**
AARÓN ENRÍQUEZ
.....
- 176 **Lin Cortés: evolución gitana,
psicodelia y camisas de flores**
JOSÉ MANUEL GÓMEZ GUFÍ
.....
- 187 **Nach: el *hobby* de un adolescente
dura para siempre**
DANIEL FRAGOSO TORRES
.....
- 195 **Nacho Vegas: entrar en comunión**
UMBERTO PÉREZ
.....
- 206 **Niño de Elche: el apóstata del flamenco**
JAIME ANDRÉS MONSALVE B.
.....
- 216 **Rodrigo Cuevas: agitador folklórico,
rara avis y niño eterno**
PABLO FERRER
.....
- 223 **Bonus tracks**
- 225 **Axolotes Mexicanos, un supergrupo muy *kawaii***
ZOILA ANTONIO BENITO
.....
- 236 **Califato ³/₄. Andalucía resiste:
sin esperanza y sin desesperación**
ARTURO J. FLORES
.....
- 246 **Las Migas: musas del flamenco abierto y audaz**
CATALINA MARIA JOHNSON
.....

254 León Benavente: un relámpago irrepetible

ALEJANDRO GONZÁLEZ CASTILLO

.....

261 El mundo necesita conocer a Los Punsetes

RAÚL CACHAY A.

.....

271 Anexos

273 *Playlists*

275 Autores

Cavilaciones y nostalgias desde el otro lado del charco

ENRIQUE BLANC

Guadalajara, octubre de 2024

En 1987 desarrollé un gusto intenso por Radio Futura. La multinacional RCA/Ariola publicó en México *La canción de Juan Perro* como parte de aquella colección llamada “Rock en tu idioma” y, además, como ya lo he contado en otras ocasiones, tuve la oportunidad de conversar con Santiago y Luis Auserón en la emisora de radio donde laboraba en aquellos días. ¿Por qué el azar se las arregla para que dos o tres personas se encuentren y luego alguno de ellos cambie sus ideas para siempre? Además los vi en vivo, y supe entonces que había muchas cosas por descubrir en aquella música que provenía desde España. Pero ese no fue mi primer contacto con sus incontables sonidos. Tiempo atrás, yo compraba religiosamente, una vez al año, el boleto que me reservaría un lugar en el Teatro Degollado de Guadalajara para no perderme, colmado de una emoción desbordada, el recital que Joan Manuel Serrat daba cada vez que lanzaba un nuevo álbum. Recuerdo ahora, mientras leo a la argentina Leila Guerriero rememorar los días de su infancia a partir de haber escuchado “Conversando con la noche y con el viento”, cómo aquellas canciones me significaron un bálsamo ante la aridez de buenos espectáculos musicales que sufrimos en México durante décadas, y un atisbo de esperanza de que las cosas serían mejores.

A través de los años, mi relación con la música española fue creciendo desde México, al grado que hice de ese país un destino frecuente al que acudía anunciándome como “periodista musical” con el fin de ser invitado a conciertos, festivales y recibir esos materiales que atesoraba y guardaba con sumo cuidado en la maleta para más tarde descubrirlos en casa, escucharlos hasta el infinito, compartirlos en la radio o usarlos

de punto de partida para las columnas que he publicado en diarios y revistas; y así continuar armando, como si fuera un rompecabezas que nunca terminase, el mapa de la música que a mí me gustaba. Nombres que brincan desde mi memoria a este texto recorriendo meses y décadas de afición inextinguible como Los Toreros Muertos, Los Ronaldos, El Último de la Fila, Ketama, Kiko Veneno, Camarón de la Isla, Os Resentidos, Corcobado, Los Planetas, Seguridad Social (y todos los grupos a los que me acercó Miguel Jiménez), Lagartija Nick, Enrique Morente (y todo lo sugerido por Javier Liñán), Javier Álvarez, Celtas Cortos, Ray Heredia (y todo lo que me mostró Mario Pacheco), La Macanita, Mártires del Compás, Ojos de Brujo (y todos los proyectos que conocí junto a Marc Isern), Amparanoia, La Habitación Roja, Nosoträsh, LeMans, Bebe, Piratas, Sr. Chinarro, Chambao, Lapidó, Dusminguet, Nacho Vegas, Facto Delafé y Las Flores Azules, Klaus & Kinski, etcétera, a quienes vi en vivo, me apropié de algunas de sus canciones, y con quienes incluso me acerqué, los conocí y trabé una amistad persistente. Y es que no puede negarse que, a pesar de la distancia, y al margen de los muchos intercambios que la música pop, sustentada en discográficas multinacionales y monopolios de comunicación, entabló entre España y Latinoamérica desde los años sesenta —esa colaboración continua entre Rocío Dúrcal y Juan Gabriel, como uno de sus logros más memorables, o el impacto de las carreras de Raphael, Camilo Sesto y Julio Iglesias en nuestros países—, las conexiones entre su circuito independiente y las escenas musicales afines de este continente han sido también frecuentes, solidarias y duraderas. Ya Joselo de Café Tacvba me contó en más de una ocasión su similar gusto por la obra de los Auserón o lo mucho que lo influyó La Unión a la hora de decidir convertirse en músico.

Gran parte de lo mucho o poco que aprendí sobre la música que se hace al otro lado del charco, lo hice como colaborador de *Zona de Obras*, esa revolucionaria publicación, comandada por el infatigable Rubén Scaramuzzino, que tendió puentes entre ambos territorios (Península ibérica y América Latina) durante muchos años, en un cambalache de información y proyectos en complicidad que desató inolvidables momentos y varios acercamientos entre sus protagonistas. Aquel “Rock en Ñ” celebrado en Granada, en el que participaron Bunbury, Julieta

Venegas, Suárez y Pastilla, por sólo mencionar uno de tantos, o la gira “Calaveras y Diablitos”, celebrada en 1998, que presentó a Los Fabulosos Cadillacs, Maldita Vecindad y Aterciopelados por ciudades españolas. Asimismo, me aficioné a comprar, en la época en que llegaba a México con meses de retraso, la revista *Rockdelux* que nos permitió a muchos seguir enterándonos de cómo mutaba y continuaba reinventándose la música en ciudades como Madrid, Barcelona, Sevilla y más allá. Esas páginas fueron para mí como un faro luminoso y olvidar aquí lo mucho que nos dieron sería una total injusticia.

Evoco ahora el momento en que los creadores de *Rompan todo* —la serie documental de Netflix que tantas reacciones generó tras su estreno en 2020, y a la cual fui invitado para sumarme como “asesor histórico”— me plantearon contar la historia del rock latino sin tener en cuenta el papel de España en su devenir, y mi automática respuesta tras ello: “Pero tíos, ¡no lo puedo ver!” Y es que muchas de las músicas que se cantan en castellano entre Alaska y la Patagonia no pueden entenderse sin el vínculo que han tenido con la Península, lo mismo de ida que de vuelta.

Vanguardia, jaleo y duende, parte de la colección La Media Vuelta, exalta esa larga tradición de intercambio e identificación que el pueblo español siente por su equivalente argentino, colombiano, chileno, peruano, mexicano y del resto del continente, y viceversa; algo que bien ejemplifica el origen de los autores que aquí se reúnen haciendo eco de ese mismo sentimiento de solidaridad y melomanía compartida. Su concepción obedece, en principio, al hecho de que España es el país invitado a la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, México, en su edición de 2024, un evento que indudablemente desatará una gran cantidad de sinergias y encuentros de toda índole. Valga decir que no hay en sus páginas la pretensión de una visión totalizadora. Sabemos que hemos dejado fuera una gran cantidad de proyectos que también destacan y merecen atención. Es tan solo un recorte, una muestra, curada con pasión y conocimiento, de algunas de las propuestas musicales, en su gran mayoría surgidas en el siglo XXI, que creemos desde la Red de Periodistas Musicales de Iberoamérica (REDPEM) que deben ser reconocidas y escuchadas, con el fin de dar continuidad al intercambio

cultural que hemos mantenido con respeto, cariño, admiración mutua y entusiasmo a lo largo de todos estos años.

¡Celebremos la música española a todo volumen y adentrémonos en algunas de sus historias recientes más apasionantes!

Moris, un hito fundamental en la historia del rock ibérico

HUMPHREY INZILLO

Buenos Aires, octubre de 2024

Hacia 2011, en “El consultorio del Dr. Rock”, la sección que Andrés Calamaro escribía para la edición española de la revista *Rolling Stone*, el guitarrista y compositor Josele Santiago, integrante del grupo de rock madrileño Los Enemigos, preguntó: “¿Por qué los rockeros españoles tuvimos que esperar a que, en 1975, el gran Moris viniera desde Argentina para decidimos a utilizar en nuestras canciones la idiosincrasia y los lugares propios de nuestro país?”. El Salmón respondió con un pequeño ensayo sobre el autor de “El oso”:

Moris también apareció un buen día en Argentina para estampar su sello de letrista/crónico urbano y su genética de rockero con aromas puros y ciudadanos; quizás un tango en el cuerpo de Gene Vincent. Dentro del primer pelotón de rebeldes, Moris destacó por el carácter idiosincrático de sus letras y su estampa de cantor bien varón. Los dos primeros discos (del período bonaerense de Moris) son cátedras. (...) Su debut en España no pudo ser mejor que *Fiebre de vivir*, un disco refundacional y emocionante, una lectura del rock y del paisaje, los personajes y el tiempo. Tres discazos de época y de siempre. Es que Moris es él y él es su personaje. Bohemio, vigía en la mesa de un bar y escribiendo, es un generador de estilo y canción ciudadana con carácter de rock & roll tomándose en serio. Dudo de que los compositores de canciones tengamos total conciencia de cuánto adeudamos a este artista entrañable y admirable.

Calamaro no solo le debe cariño por su obra: fue Moris quien, a finales de los años ochenta, lo impulsó a probar suerte en Madrid,

del mismo modo que él lo había hecho más de una década atrás. En 1975, el reconocido periodista y locutor Juan Alberto Badía le avisó a Moris que un grupo de tareas autodenominado Comando Formosa (de la organización paramilitar estatal de extrema derecha vinculada a la Triple A, la tristemente célebre Alianza Anticomunista Argentina, que se calcula asesinó entre 1 500 y 2 000 personas) lo estaba esperando a la entrada del canal de televisión con volantes que le exigían a él y a otros músicos, como Horacio Guarany, que abandonaran el país. Moris no tocó en la tele esa tarde, y tampoco lo hizo durante una década. En cambio, hizo las valijas y se fue del país.

“Yo estaba en la duda entre irme a Brasil o a España, y cuando se lo comenté a [al cantautor] Facundo Cabral, que era bastante amigo mío, me dijo: ‘Andate a España que te va a ir muy bien’. Me dio una carta de recomendación para que fuera a ver a unos argentinos que manejaban el boliche El Poncho, en Madrid. Ahí, en algún momento había striptease, pero después había música... María y Federico, los dueños, cantaban canciones de música popular y tango”, me contó Moris en el Café San Bernardo, en el marco de una extensa entrevista para la edición argentina de *Rolling Stone*, a finales de 2011.

Su esposa, la artista plástica Inés González Fraga, tuvo mucho que ver en la inserción de Moris en la escena artística española. “Ella me hacía la prensa y los contactos, hasta que apareció un personaje muy importante en mi vida: el Mariscal Romero. Era un tipo al que le gustaba mucho el rock, tenía un programa de radio, era disc-jockey y, cuando escuchó una versión mía de ‘Zapatos de gamuza azul’, se enamoró”.

Moris grabó la versión de “Zapatos de gamuza azul”, la canción compuesta por Carl Perkins y popularizada por Elvis Presley a mediados de los cincuenta, con (el guitarrista) Héctor Starc, que en ese momento vivía en España con el resto de los integrantes del grupo de rock argentino Aquelarre.

Hicimos un demo con guitarra eléctrica y un poquito de batería. Presenté el demo en una discográfica y me contactaron con los Tequila: Ariel Rot y Alejo Stivel, que me habían visto tocar en vivo en Buenos Aires. Dos muchachos vivos y rápidos y, además, muy buenos músicos. Grabamos

Fiebre de vivir en apenas tres días: el primero, grabamos la base en vivo dentro del estudio; el segundo, regrabaciones de voces y guitarras; y el tercer día, hicimos la mezcla.

Es notable el modo en que Moris logra incorporar la jerga madrileña en las canciones de ese disco: “entrañable”, “chaval”, “tío”, son algunos de los términos que aparecen en las letras. “Ahí yo vuelvo a pintar todos los barrios de la ciudad, cosa que nadie había hecho desde la época de Agustín Lara. Los coros de ese disco eran todos de músicos argentinos, y lo que gustó también fue el acento argentino. Cuando llegó a las bateas fue un impacto muy grande, porque nadie hacía rock & roll en español en ese entonces”, me dijo Moris.

La repercusión de aquellas canciones, en especial la versión de “Zapatos de gamuza azul” y la furiosa “Sábado a la noche”, lo pusieron en el centro de la incipiente escena rockera del posfranquismo. Con Jesús Castro, el exrepresentante de Camilo Sesto, como manager, Moris llegó, una tarde de domingo, al popular programa Aplauso. En YouTube se puede ver su performance en TVE, tan impactante e inolvidable como la camisa amarilla que llevaba.

Pero acaso el legado más importante de la prolongada experiencia española de Moris tenga nombre y apellido: Joaquín Sabina. Dice Moris: “Hacia 1980, Joaquín era un cantautor de guitarra que cantaba baladas, pero todavía no había encontrado su estilo. Gracias a lo que yo hice, y él lo ha reconocido públicamente, se dio cuenta de que se podía hablar de Madrid sin ser hortera, que en la jerga de allá significa ser grasa. O sea, se podía hablar de Madrid con calidad”.

“Hay mucha polución en la plaza de Colón, crisis del petróleo, amenaza nuclear, los derechos, los izquierdos no se pueden reventar y en el medio de este lío hay que ir a trabajar...”, cantaba Moris en “Rock de Europa”. “Era una rima excesivamente ripiosa, y algunos críticos de la época me lo decían. Pero era a propósito, canciones como ‘Princesa’ y ‘La balada de Madrid’ se hicieron muy populares. La gente venía a los shows y en los camarines me preguntaba: ‘Oye, ¿de dónde sacas tú esas letras, tío?’. La verdad es que también tuve suerte. Porque nadie hacía canciones sobre Madrid. Nadie”, expone Moris.

Cuando yo vivía en Madrid, hemos tomado algún café con Sabina. Nos hemos visto, hemos conversado... Él tocaba donde yo ensayaba, y un día le tocaba un equipo. Yo le presté el mío y ahí charlamos un poco. En ese momento, él todavía no había grabado nada. Pero él ha dicho varias veces que, a partir de *Fiebre de vivir*, se dio cuenta de que era posible hacer una obra literaria como cantautor, pero ya no de guitarrita, sino con una banda de rock atrás.

Puede entenderse a *Fiebre de vivir* como un disco fundacional del rock en la Península ibérica. Como hemos visto, la historia de Moris con Madrid involucra nombres que con el tiempo adquirirían una importancia superlativa en el vínculo entre las escenas musicales a ambos lados del Atlántico.

Andrés Calamaro, especialmente a partir de Los Rodríguez, incorporó modismos y aires del flamenco a sus canciones rockeras; Joaquín Sabina se ha constituido como un porteño más en su transitar por Buenos Aires, pero su música se ha esparcido de Ushuaia a Tijuana; el Mariscal Romero vivió unos años en Buenos Aires durante la década de los noventa, y sus programas en Rock & Pop, la radio más escuchada en esos años, hizo mella en la educación sentimental de varios de mi generación (me incluyo).

En lo personal, de Camarón a Enrique Morente y el Cigala, el flamenco me atrapó con su magnetismo, su dramatismo, su misterio. El mundo de la copla se me reveló, en la infancia, en el casete con la banda sonora de *Las cosas del querer* y luego con la mágica fusión con el jazz de Martirio y el Chano Domínguez, y la voz inconmensurable de Miguel Poveda. Considero a Kiko Veneno uno de los más grandes autores de canciones de todos los idiomas, de todos los tiempos. Y su encuentro con el uruguayo Martín Buscaglia en ese disco imprescindible que se llama *El pimiento indomable* es de una belleza suprema. Los ejercicios de regionalismo crítico de Rosalía y C. Tangana son de las experiencias musicales más atrapantes de esta época. En mi inventario personal, atesoro también conciertos encantadores de Uxía & Narf y Kepa Junkera en Buenos Aires, y también de La Shica y La Mala Rodríguez. El punk de Fermín Muguruza es otra de las figuras indis-

pensables, igual que el jazz-flamenco de Pedro Iturralde o la sutileza de Tete Montoliu, para construir un mapa de afectos musicales en el que la vanguardia, el duende y el jaleo cumplen un rol intangible, pero fundamental.

Nada que perder, excepto las canciones

JOSÉ MANUEL GÓMEZ GUFÍ

Madrid, octubre de 2024

Creo que los grandes acontecimientos del siglo XXI en la música española tienen que ver con la sensación de que todo se va al carajo. Ya saben, el modelo de negocio cambió y hay un montón de cadáveres en las cunetas. La sección de obituarios, que antaño era lo mejor pagado del periodismo, ha desaparecido como la mayoría de los colegas. ¡Tsk!

Hablemos de música. Los cataclismos continúan. La desaparición de los dos grandes faros de la música popular española: Enrique Morente (2010) y Paco de Lucía (2014) ha roto el muro. No hay referentes ni en el flamenco ni en nada y la gente se ha puesto a inventar. La creatividad ha inundado el ambiente. Especialmente en lo flamenco, piensen que LO FLAMENCO es un universo que incluye la copla y al jazz, la guaracha y el son, la rumba, el tango y la cumbia, el mambo y al rock and roll, el samba, la salsa y el boogaloo, el heavy, el vallenato y la electrónica, los cantautores y los poetas viejos (y nuevos), los raperos, los reguetoneros y los traperos. En definitiva, el siglo XXI ha entrado en la música española como las bombas de napalm en Vietnam. ¡*Apocalipsis Now!*

Si prefieren una película con menos violencia prueben con una obra maestra de la ciencia ficción, *2001: odisea del espacio*. Ahora todo el mundo compone con computadoras y desconectar el ordenador central es como matar al padre, al gran hermano. Hemos caído en las garras de las redes sociales. Trabajamos gratis para ellos y si queremos visibilidad tenemos que pasar por caja.

Ya no tenemos nada que perder, excepto las canciones y la mejor música que seamos capaces de imaginar.

Métodos para acercarse al flamenco

“El flamenco es eso que gusta tanto en el extranjero”, comenta Faustino Núñez (autor del libro *América en el flamenco*). Yo suelo apostillar: “No hay guiris pa tanto flamenco”, recordando que el flamenco en los años cincuenta y sesenta se refugió en los tablaos para turistas y en la peñas flamencas donde se defendían los preceptos de Antonio Mairena, un cantaor gitano excepcional que impuso su gusto estético frente a todo lo demás. Impuso LA PUREZA como el santo grial cuando los pueblos de España siempre han sido impuros, mestizos, bastardos e hijos de mil madres.

Los turistas que llenaban los tablaos se atragantaban con el cante jondo y para pasar ese mal trago se ofrecía mucho baile y mucha rumba que facturaban personajes como Peret, un ídolo de mi niñez que mezclaba aires flamencos, con mambo y rock and roll. Yo prefería a Peret que al Elvis Presley del traje blanco..., blanco de todas las parodias.

Descubrí que casi todo el repertorio de Peret procedía de América y estimulado por la curiosidad escribí el libro *Guía esencial de la salsa* (1995). Obtuve más preguntas que respuestas y así descubrí a José Alfredo Jiménez en la voz de Bambino, más tarde supe que en Utrera, uno de los centros de las esencias flamencas, se conocen como cuplés a las letras y canciones que llegaron de América.

José Manuel Gamboa ha escrito cuatro libros sobre el flamenco en Nueva York, pero el que me cambió la vida a mí fue *Las mil y una historias de Pericón de Cádiz*, en el que José Luis Ortiz Nuevo transforma la cultura oral en un libro desternillante en el que se afirma que el flamenco llegó a Cádiz en un barco procedente de América, otra vez.

Si piensan que soy una rata de fonoteca escudriñando el pasado les contaré que sí, que yo estaba allí cuando Moris hizo una gira por los colegios mayores de la ciudad universitaria madrileña en la temporada 1976-1977 y aquello fue una revelación. Un tipo subido a un escenario acompañado por una guitarra eléctrica que contaba aquello de:

Sábado a la noche, ya cobré
y mi dinero yo me lo gané

mi madre me dice: “ven y quédate”
sábado a la noche, no me quedaré.

En aquellos años vivíamos el boom literario y nos convertimos en lectores panamericanos. ¿Por qué no podíamos serlo en la música? La ciudad universitaria de Madrid era una fiesta con una programación barata de cine, teatro y músicas de todas las latitudes. Yo estaba en el Johnny, el escenario donde ocurrían muchas cosas. Creo que eso fue lo que le interesó a Enrique Morente cuando nos encontramos en el tren París-Madrid en 1981 y estuvimos toda la noche charlando. Eso me cambió la vida, otra vez.

Empecé a investigar la muerte del boogaloo para entender lo que había ocurrido en Nueva York cuando apareció la salsa en los años setenta. Luego llegó el furor del rock latino, ya saben Mano Negra, Los Fabulosos Cadillacs, Maldita Vecindad, Aterciopelados y aquella generación que parecía que iba a cambiar el mundo con cada concierto... Así que cuando llegaron los indies no entendía por qué mostraban sus ambiciones mirándose la punta de los zapatos.

Perdonen que hable de lo que me ocurre con la música popular como si fuera importante, como si se me fuera la vida en ello. Me convertí en periodista musical porque alguien tenía que hacer ese trabajo. Luego me transformé en dj flamenco, porque alguien debía asumir el riesgo cuando apareció el nuevo flamenco. Cambiamos de siglo y yo seguía arrastrando el alias de dj Goofy. Un día me llamó Andrea Echeverri, traía desde Bogotá unos cuantos folios sobre el bolero firmados por Cesar Pagano que comenzaba diciendo: “Querido Gufi, dos puntos”. Renové mi alias desterrando los restos del colonialismo yanqui, se me quedaron algunas canciones prendidas en la solapa y cuando necesitaba guitarras eléctricas las tomaba prestadas de Sepultura o de Rosendo. En una entrevista en Sony, el batería de Lagartija Nick nos contaba a la cámara de la tele de Vallekas (teleK) que estaban pensando trabajar con Morente. El *Omega* no fue el final, ni la culminación de una idea. Fue el principio de una experiencia que no cesa. Ahora no necesito escuchar a Jimi Hendrix para saber qué es lo que andaba buscando, eso lo escucho en el tres flamenco de Raúl Rodríguez grabando en Haití con Jackson Browne.

En su última visita a Madrid, Cesar Pagano me preguntó por la salsa en España. Yo le ofrecí una visión pesimista con varias orquestas entregando visiones nostálgicas con mucho oficio y poca creatividad. Ahora mi visión es la contraria, creo que la salsa gitana es la que puede traer una nueva era a la salsa.

Mientras tanto, hay un montón de flamencos que han saltado a las páginas de este libro demostrando que su música está dejando de ser una excepción en el panorama mediático e industrial. Rosalía y C. Tangana son responsables de un revolcón frente al flamenco hermético y ensimismado de nuestros abuelos. Para algunos de ellos estamos bailando el pogo punki encima de las sagradas tradiciones. No es para tanto, creo que disfruto con el 95 % de la música con la que disfrutaban los verdaderos creyentes en la religión flamenca, pero además uno goza con muchos más músicos y músicas que incluyen a los reguetoneros, raperos y salseros gitanos que forman la escena *underground* más potente de la historia.

Pensarán que es una anomalía, que no me corresponde por edad estar pendiente del flow y del perreo. Es posible. En ese sentido confieso aquí que uno de mis mejores amigos es David el Indio, batería de Vetusta Morla, con el que me separa una generación y al que me une un profundo amor a la rumbas flamencas y tres proyectos publicados: *Gipsy Rhumba* (Soul jazz), *El Noy bomba gitana* (Satélite K) y *Gipsy Power* (Sony) con otros proyectos en camino.

De momento disfruto con la visión complementaria entre C. Tangana y Rosalía en sus dos últimas giras. Rosalía se presentó sin músicos mientras que C. Tangana se arruinó en sus presentaciones de *El Madrileño* llenando el escenario de flamencos. Hay días en los que no puedo escuchar flamenco, me exige demasiado. Pero entonces recuerdo que del flamenco también se sale. Cuando estoy en una crisis de esas, me tomo un Tomasito mezclao con AC/DC, la receta consiste en una ración de compás mezclada con cultura de barrio y toneladas de gracia. Eso me quita casi todos los males.





Lado A

Christina Rosenvinge en un coche por Medellín

DIEGO LONDOÑO

Estoy en un automóvil, solo, nervioso. Frente al vidrio panorámico un sol resplandeciente me pega en la cara, un sol típico de una ciudad sudamericana. Estoy en Medellín. El velocímetro está en ceros porque el carro está apagado, de hecho, estoy en una celda de parqueo frente a un hotel de esta ciudad que ahora es reconocida como un territorio musical, pero antes resonaba por los estallidos, por el miedo a mirar por la ventana, por el narcotráfico y por un nombre y apellido que dejó un tatuaje indeleble, una marca mundial que es difícil de eliminar.

Mis manos no se despegan del volante por más que el sol haga sudar las palmas. Llevo un bolígrafo y un disco en mis piernas, el reflejo del sol también encuentra la caja de plástico de ese CD. *Que me parta un rayo* (1992) de Christina y los subterráneos. En el carro no hay música, solo silencio. No quiero escuchar el disco en este momento, ya lo he escuchado por años, lo conozco de memoria. En esta oportunidad solo quiero una firma sobre el cuadernillo del disco.

A lo lejos veo que de la puerta del hotel sale una cabellera rubia, hermosa, brillante. Mis manos se despegaron del volante. Guardaron el disco en la guantera. Inmediatamente abrí los seguros del automóvil y Christina Rosenvinge entró en mi coche. Surreal.

Nos saludamos como si la amistad llevara décadas. Conversamos desde el primer segundo y ella, ahí, mirando a través de la ventana y dejando que el viento le pegara en su pelo, se dejaba sorprender por una ciudad que la recibió por primera vez en el año 1994, en un momento violento tan extremo que los promotores luego del concierto la enviaron

directo al aeropuerto, nunca conoció la ciudad. Por eso, ahora lo haría en un coche, en mi Nissan March de color gris.

Ella estaba conmigo por las referencias de mi labor periodística, yo estaba con ella por suertudo. Ahora los dos recorriamos la avenida El Poblado, La 33, Las Vegas y otras calles y carreras mientras le presentaba Medellín y ella me contaba sobre su vida para este texto.

Christina Rosenvinge Hepworth

No hay una etiqueta para nombrar a esta mujer, de hecho, las etiquetas le molestan, aunque “artista” le encaja demasiado bien. Empecemos por algo. Es un gran ser humano, una persona que a pesar de su reconocimiento mundial no se ufana de sus logros y su figura mediática. Es una gran madre que aprovecha el tiempo con sus dos hijos, Willem y Kay, en las giras, fuera de ellas, para hablar de cine, literatura o para hacer rocanrol con ellos, pues ahora se unen en una misma banda para interpretar canciones de Nirvana. Suenan bien.

Ella, Christina Rosenvinge, mujer, inmigrante, feminista, cantautora, actriz, escritora, es una de las figuras más relevantes en el mundo de la música en habla hispana.

Hoy estoy con ella, en Medellín, Colombia, llevándola de arriba para abajo en mi coche, entendiendo su arquitectura artística, su estructura emocional, sus cimientos éticos y su vida detrás de la guitarra.

Ella nació en Madrid. Es hija de padre danés y madre inglesa y desde niña se interesó por las canciones que sonaban en su casa. Glenn Miller por su madre; Enio Morricone por su padre, y otro centenar de piezas que construyeron su educación sentimental desde la música.

Gracias a esa formación y a la revolución definitiva que provocó en su vida, en la adolescencia, con quince años y en pleno apogeo de la diversión, la irreverencia y el esplendor colorido de la movida madrileña, formó su primera banda, Ella y los Neumáticos. Allí, como mujer pionera de su banda y de la misma movida en España se sentía exclusiva y solitaria, siempre se preguntaba “Y bueno, ¿dónde están las otras chicas?”. Además, porque siempre estaba rodeada de chicos. A su lado estaban

Lars Mertanen (guitarra), Rodrigo Lorenzo (guitarra), Ángel González (bajo), Edi Clavo (batería) y ella, vigorosa, en la voz.

Con esta banda, al poco tiempo de formación, actuaron en uno de los habituales conciertos de primavera de la Universidad Autónoma y luego participaron en el primer concurso rock de la Diputación de Madrid de 1980, en una atiborrada Plaza de las Ventas, donde quedan finalistas y ganan la posibilidad de hacer un radio-casete. Ahí el sueño empezó a hacerse realidad con canciones como “Prefiero ver las series de televisión antes que salir contigo”, “Que frío”, “Estrella polar” o “Es pop”, todas ellas pertenecientes a su primer demo (1980).

Así, Christina, a bordo de un coche, me contó su inicio musical, sus primeros guitarrazos y el atisbo de su futuro como cantante. Además del privilegio de haber hecho parte de ese origen de la movida madrileña, indispensable para toda una generación.

Ya en 1984, Christina quería continuar sintiendo los aplausos cerca de su aura y junto a Toti Árboles crearon el grupo Magia Blanca, en el que colaboró Álex de la Nuez, integrante de la recordada banda de nueva ola Zombies, ahí Alex fungió como compositor. Grabaron una canción, “Cambio”/Magia Blanca, que no funcionó como esperaban, por eso Toti dejó la formación y así Christina y Álex continuaron trabajando en nuevas canciones ahora como Álex & Christina.

Ahí, Christina y su compañero, en plena flor de la juventud, en el año 1987, hicieron canciones que se hicieron populares en la televisión española. Se veía a Christina, usualmente en videos y conciertos, con sombrero de ala ancha, vestido corto y medias blancas y negras hasta las rodillas. Con esta alineación grabó dos álbumes antes de separarse a principios de los noventa, *Álex y Christina* (1988) y *El ángel y el diablo* (1989).

Estas historias las contó con melancolía y felicidad, mientras buscábamos algunos *tracks* en Spotify y, por supuesto, yo mismo le hablaba del pasado musical de Medellín, de su importancia en el sonido rudo del punk, el metal y el rap, y cómo esas músicas desde su semilla se convirtieron en cronistas y en agentes de cambio para la realidad perversa que vivió la ciudad.

El auto no se detenía, fuimos a muchos rincones turísticos y tradicionales de la capital de Antioquia. Las historias continuaban mientras

seguíamos rodando. La industria y el público no olvidó a Rosenvinge, por eso en 1991 nació Christina y los Subterráneos. Y fue este el proyecto con el que ella triunfó en España y cruzó el atlántico para volverse eterna en todo el mundo. Canciones como “Voy en un coche”, “Mil pedazos”, “Alguien que cuide de mí”, “Pulgas en el corazón” o “Tú por mí”, se clavaron en el imaginario colectivo de millones de personas.

Y ahí es que las canciones hicieron su trabajo.

—¿Te molesta que las escuchemos?, le dije.

Sonrió, no me dijo si sí o si no, pero “Tú por mí” empezó a sonar en el estéreo de mi auto.

Hace tiempo tuve una amiga
a la que quería de verdad
una princesa que andaba a dos pasos
de sus zapatos de cristal.

—Y ¿de dónde viene esta canción, Christina?

—Esta canción se convirtió en un himno en los noventa en España, y según veo, en muchos rincones de Latinoamérica también. Detrás tiene una historia bonita, pero también muy dramática, y he tardado muchísimos años en contar la historia que tiene detrás porque forma parte de mi vida privada y, más importante aún, a la vida privada de otra persona. Y es porque la canción habla de una historia de amistad, con Sara, con la que compartía piso antes de tener éxito en la música, era mi amiga del alma. Siempre salíamos juntas, en una época en la que empecé a ennoviarme con Ray Loriga, quien sería el padre de mis dos hijos, y pues ella empezó a ir con malas compañías, se metió en el mundo de las drogas, de la prostitución y yo me sentí muy culpable de todo esto. Afortunadamente ella salió de toda esta situación compleja, pero de testigo quedó esta canción que yo escribí cuando ella estaba desaparecida. Y la canción de alguna forma la hice para que ella la escuchara desde donde estuviera, para que se convirtiera en una carta sonora.

Una historia de dos mujeres, viviendo solas, enfrentando una época juvenil avasalladora, con la rebeldía como bandera.



La compositora y cantante madrileña Christina Rosenvinge. © Cortesía de Pablo Zamora.

—¿Cómo te has sentido como mujer en la ruta de la música, en Iberoamérica, como era antes, y ahora, ¿qué percibes en estas luchas artísticas?

—Hubo una época, sobre todo al principio, en la que me sentía realmente sola, cuando iba a un festival siempre eran tíos, yo era la única chica y me tocaba demostrar una y otra vez que tenía el escenario por derecho, que las canciones las había escrito yo, que producía mis discos, que era mi proyecto y que la banda me acompañaba y esto me tocaba explicarlo muchas veces, cosa que con el tiempo ha dejado de ser necesario. Me enorgullece pensar que he sido una referencia para mujeres que han venido después y que en mí vieron un camino que ellas podían recorrer también, para mí eso es un motivo de orgullo, imagínate. Ahora hay una eclosión de talento femenino en todos los países, además las mujeres están tomando riesgos, caminos de estilo, de vanguardia, y creo que no se puede volver atrás. El mundo es feminista.

Subimos el volumen y seguimos recorriendo Medellín.

¡Dile a papá que me voy de la ciudad!

¡Dile a los chicos que no volveré más!

Voy en un coche

que robé anoche

a un tipo listo que iba a ligar

es un Spider con dos asientos

coge doscientos

sin apretar.

Cuando pasó la primera estrofa de “Voy en un Coche”, casi que instintivamente los dos nos miramos, reímos y lo entendimos todo. Vamos en un coche en Medellín, joder. Y ahí, Christina me contó su historia con Medellín porque nunca estuvo tanto tiempo en la ciudad y nunca recorrió tantos lugares en un coche. En el año 1994, gracias al éxito de Christina y los Subterráneos, Rosenvinge viajó a varios países sudamericanos y llegó acá. El concierto de aquellos lejanos noventa fue al lado de la agrupación La Unión. En aquel momento la ciudad vivía una época difícil y dolorosa, ella luego del concierto no pudo salir a la

calle, del hotel directamente al aeropuerto. Por eso, quizá, está tan feliz de recorrer estas calles al lado de un periodista mientras yo, afortunado, le pregunto cosas sin que parezca una entrevista formal.

—¿Cuál fue tu primer coche?

—Uyyy, era un 127, un coche que no tenía ningún glamour, era un milagro que caminara, me costó poquísimo dinero, pero sí que lo necesité para ganar libertad. En esa época era muy importante tener auto porque yo no vivía en el centro y sin un vehículo no podías ir a conciertos, o salir por la noche, porque volver en un taxi era muy caro.

—Y ¿ese coche tiene que ver con la canción?

—Sí, pero no fue ese coche el que hizo leyenda, sino otro que conseguí años después, cuando ya vivía todavía más lejos, en Madrid. En ese momento me acababa de conocer con Ray Loriga, estábamos enamorados, andábamos de arriba para abajo y él tenía una Harley Davidson, y yo odiaba ir de paquete en la moto, lo detestaba. Entonces dije: bueno, me voy a comprar un descapotable y me compré un Alpha Romeo Spider de color gris, de segunda mano, no lo robé, como dice la canción, aclaro, lo pagué, me costó poco dinero porque era antiguo.

—Gris como este coche en el que vamos hoy.

—No, era más de color plata, pero sí, por lo menos cilindraje parecido.

Y esas canciones, las mismas de Christina y los Subterráneos, las que cambiaron su vida, siguen vivas, porque siguen sonando y hoy son las que la tienen visitando Medellín para celebrar el aniversario 30 de ese disco trascendental del sonido rock en habla hispana, *Que me parta un rayo* (1992). Canciones que son el símbolo para una generación, icónica banda sonora que llevó al rock en español a conectarse con el mundo. Entre esas conexiones, una que ella vivió mientras vivía en Nueva York. Hizo arte, ruido y música al lado de Sonic Youth, la inolvidable banda de noise y grunge.

Pero hoy está en Medellín, como un desquite con la vida, contando sus pasos caminados, sus canciones pasadas, pero también valorando su camino en soledad, en España y en otros territorios, en español y en inglés, en la música, en el cine y en su rol como madre.

Ya nos bajamos del coche. Caminamos por la Carrera 70, montamos en metro, ella estaba en éxtasis con el orden y la tranquilidad del trans-

porte público en la ciudad. En la calle la frenaban para fotografías, ella, incluso, sacaba las selfies con su propio teléfono. La gente de Medellín no lo podía creer. Luego comimos una hamburguesa, recorrimos algunos sitios tradicionales, tomamos cerveza y la pasamos bien, para mí era surreal. Un día inolvidable.

Y fue ella misma, con una respuesta, la que me regaló una postal inolvidable para mis días. En medio de la cena, le dije que Andrea Echeverri, la cantante y fundadora de Aterciopelados, estaba en la ciudad. Se alegró y contó algunas anécdotas pasadas de esos *hits* compartidos entre ella y Andrea.

Mi propuesta fue ir a saludar a la flor aterciopelada de la escena del rock colombiano. Luego de una llamada las dos aceptaron y nos encontramos en un hotel de la ciudad. Christina estaba emocionada.

Al llegar, Andrea, sin complicaciones y sonriente, la abrazó. Se saludaron. Ambas estaban nerviosas, la felicidad se les veía en los ojos. Las historias aparecieron, desde “Bolero falaz” y la versión que Christina hizo para los 20 años de *El Dorado*, hasta recuerdos en escenarios compartidos y éxitos que se abrazaban de país a país.

Mirarlas juntas, presenciar ese momento, me ayudó a entender que las dos cambiaron la vida de millones de personas. Dos figuras representativas en el mundo de la canción, con el rock como bálsamo de vida. Las dos, Andrea y Christina, Roseninge y Echeverri, han sabido estar intactas, han sabido conservar con respeto su arte, sus canciones, y por eso las aplauden donde quiera que vayan.

Para finalizar la historia, con Christina, decidimos ir al concierto de Aterciopelados. *El Dorado* y sus 25 años funcionó como un trampolín en el tiempo. Ella se puso sus anteojos, miró a Andrea de cerca y vio su vida reflejada ahí, en Colombia, por los rincones subterráneos de Medellín.

Al finalizar, en el mismo coche gris, la dejé en el hotel, ahora con menos nervios y con más confianza, no con la cantante hiperfamosa, sino con Christina, la madre y amiga. Ella me agradece, nos abrazamos luego de una fotografía. Se baja del auto y yo veo una cabellera rubia, hermosa, brillante, que se aleja de mi coche y se acerca a la puerta del hotel, yo sostengo el volante con mis manos, con fuerza. Me despierto de

ese letargo, saco el CD de la guantera, lo introduzco en el estéreo, suena con alto volumen “Tú por mí”, pongo los seguros, bajo las ventanillas, arranco el auto y me doy cuenta de que ella no me firmó el disco, la razón por la que nos encontramos.

Fue un día perfecto.

Permanentemente La Bien Querida

ENRIQUE BLANC

Supe de la existencia de La Bien Querida a través de Elefant, el venturoso sello discográfico con sede en Madrid que desde el día en que conocí a Montse y Luis Calvo, sus responsables, me incluyen en su lista de destinatarios de novedades, las cuales he recibido a través de los años sin interrupción, corroborando que la de ellos es una de las etiquetas más pujantes y constantes en la escena de la música independiente española. El año era 2009 y el título del álbum, su debut discográfico, *Romancero*. Aprovechando que un buen amigo español viajaba a México, se lo pedí en formato CD y me lo trajo para navidades, justo en el momento en que las revistas *Rockdelux* y *Mundo Sonoro* lo destacaban como el álbum español número uno de aquel año.

Entonces la vi por vez primera. Ella era la mujer detrás de aquel singular *alter ego*, tomado de *La Malquerida*, de Jacinto Benavente. “La obra de teatro que posteriormente llevó al cine el mexicano Emilio Fernández, y fue precisamente en lo que me fijé para darle la vuelta”, explica quien en realidad se llama Ana Fernández-Villaverde. Allí estaba de cuerpo entero en la fotografía de la tapa. Una mujer que irradiaba una sencillez a flor de piel y un magnetismo ineludible, vestida elegantemente con una larga falda negra de holanes en chispeante color vino, una blusa oscura de manga larga y una mirada que denotaba calma, contemplación y dominio de las cosas.

Muy pronto, con ese impulso que tenemos quienes queremos compartir a como sea la música que nos ha arrancado más de un escalofrío mientras la escuchamos, quise reseñar el álbum, y así lo hice, para la revista *Círculo Mixup*:

Romancero es el disco que ha cimbrado los cimientos de la escena musical española de los últimos días. Ana Fernández-Villaverde, como otras singer-songwriters ibéricas reinventa la profesión demostrando que la canción quiere sacudirse estereotipos y renovarse. Ella, La Bien Querida, como se ha rebautizado para que no la olvidemos fácilmente, recurre entonces a la electrónica en “9.6”, al rock directo en “El zoo absoluto” y fusiona folk con percusiones de corte tribal y arreglos de cuerda en la sofisticada “De momento abril”, expandiendo así su paleta musical y haciendo a un lado toda convención. Pero eso no es todo lo que puede enorgullecerla: la magia de su trabajo radica también en la manera en que narra sus experiencias y la actitud valiente con que encara lo inevitable. Un disco que relata historias de amor terrenales, comunes y corrientes, de ida y vuelta, desde una genial perspectiva que evita las fórmulas rebuscadas para echar mano con imaginación de las palabras de la vida de todos los días.

En realidad, desde México nunca supe del éxito que le representaron sus primeros demos. Ahora, tras una década y media después, me cruzo un correo con ella para pedirle una entrevista y que me dé contexto de esos primeros años. Y Ana me responde amable y amistosa. Así arranca nuestro diálogo. Nuestra conversación inicia con el testimonio que recuenta su afición por la canción. “Con 20 años vivía en el norte de España, en Bilbao. Empecé a escuchar Radio3, una emisora que ponía grupos alternativos, en contraposición a los sonidos mainstream que se escuchaban por todas partes y ahí comenzó mi interés profundo hacia la música”, relata. “Una noche fui con unas amigas a un pequeño pueblo llamado Lasarte, a un concierto de Los Planetas, y conocí a J con quien mantengo amistad desde entonces. Tuvieron que pasar otros 10 años más y, ya instalada en Madrid, sentí el impulso de agarrar la guitarra y aprender a tocar”.

El relato de La Bien Querida, paradójicamente, me evoca el descubrimiento de *Super 8*, el primer disco de Los Planetas que para mi oído fue toda una revelación, y que en algún momento me llevó hasta Granada con el propósito de encontrar a J y saber más de él y su música, el mismo viaje que La Bien Querida emprendió en la búsqueda del



La talentosa Ana Fernández Villaverde más conocida como La Bien Querida. © Cortesía de Rubén Vega.

impulso que la llevara a hacer canciones. “Me pasé un verano encerrada en casa hasta que por fin conseguí sacarle algún sonido a mi vieja guitarra española que años atrás me había regalado mi padre”, recuerda con nostalgia. “Un fin de semana fui a casa de J a Granada y le dije, mira, estoy aprendiendo a tocar, saqué un cuaderno de canciones con los acordes y empecé a tocar temas que me gustaban de Neutral Milk Hotel, Wilco, Mojave3. Entonces J me dijo, ¿por qué no compones? Con lo que sabes ya puedes hacer una canción. Y así fue”.



El éxito de La Bien Querida en España fue meteórico. Gran parte de ello se explica en la sencillez de esas canciones que conectaron de golpe en escuchas de distintas generaciones, dando continuidad a una vertiente del pop independiente español que en otros días contó con el talento de referentes como Vainica Doble, Family, LeMans, La Buena Vida y las Nosoträsh entre otros proyectos. Pero ¿cómo se hicieron esas canciones a todas luces seductoras y contundentes? “Esas primeras canciones las compuse con una guitarra española que me regaló mi padre años atrás. Con ayuda del guitarrista Horacio Nistal, hice una primera maqueta que subí al portal MySpace y de ahí las volví a regrabar para Elefant Records con David Rodríguez como productor”, recuenta Ana, para enseguida continuar reflexionando acerca de lo que estas mismas le significaron al paso del tiempo. “Ahora las miro con cariño, son sencillas e inocentes. Cuentan historias que he vivido mezcladas con un poco de fantasía. Esa es mi fórmula, la cual mantengo hasta hoy”.

Con todo y que La Bien Querida considere que aquellas primeras canciones estén marcadas por su sencillez, hay también en algunas una sofisticación que las hace singulares, un carácter incluso caleidoscópico que las lleva a ir cambiando a medida que avanzan. Un ejemplo claro es “9.6”, que inicia muy orgánica con guitarra a manera de balada, luego se monta en un beat electrónico sumamenteailable para derivar en un puente con un órgano y aire de sicodelia. De manera similar, “A.D.N.” arranca con un piano, intercala trompetas, alientos y la voz de Joe Crepúsculo, variando a medida que llega a su final. Sobre esta última,